

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

POLÍTICA INTERIOR



—El caso es que con las pérdidas en la Bolsa, los golpes en el Casino y las inundaciones en Andalucía estoy sin un céntimo... y creo que debemos suspender las relaciones.

—Es decir, que presentas la dimisión.

—Sí, pero tú puedes buscar un ministerio *intermedio* hasta que yo me re haga.

SUMARIO

TEXT O: De todo un poco, por Luis Taboada.—Otro «sí» de otras «niñas», por Eduardo Bustillo.—Cuento soso, pero nuevo, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por *Clarín*.—Valcr acreditado, por Felipe Pérez y González.—Ilusiones, por Sinesio Delgado.—En paz y jugando, por Francisco Flores García.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Política interior.—La policía francesa, según los folletines.—Anuncios, por Cilla.



No hay seguridad en ninguna parte.

Ahora los ladrones se dedican á practicar escalos, con el propósito de penetrar en las casas por la alcantarilla, y por consiguiente, aun los que habitan en piso cuarto con entresuelo viven en constante alarma, temiendo que á lo mejor asome la cabeza por debajo de los ladrillos cualquier ladrón desalmado, de esos que entran á robar una colcha y «de paso» estrangulan á un padre de familia por puro recreo.

Los frecuentes escalos que se realizan en Madrid traen preocupada á la gente pusilánime, y hay sujeto que en cuanto oye el menor ruido subterráneo, digámoslo así, salta del lecho en paños menores y empuña la badila, con ánimo de aplastar la primera cabeza que brote en su domicilio.

Noches pasadas hubo gran pánico en casa de D. Simeón, el droguero de mi calle, porque estaba en la cama leyendo *La Correspondencia* y oyó rumores sospechosos debajo de un baúl.

—Mariquita—dijo á su mujer con la voz trémula,—¡hay ladrones en casa!

Ella soñaba en aquel instante que se comía un melón, sentada al pie de una higuera, y bajo la influencia de este delicioso sueño, en vez de contestar, le clavó los dientes á su esposo en la rabadilla.

D. Simeón quiso gritar, pero se contuvo, temiendo ser oído por los ladrones.

—Mariquita—volvió á decir á su mujer en voz baja,—despierta, que hay peligro.

Pero ella seguía roncando y relamiéndose mentalmente, hasta que D. Simeón tuvo que meterle por un oído el mango de la palmatoria.

—¡Bruto!—dijo ella, despertando sobresaltada.

—¡Silencio, infeliz!—replicó el esposo.—Somos víctimas de un escallo.

—¿Dónde?

—Debajo del baúl.

Y saltó de la cama con todo género de precauciones para ir al cuarto del dependiente y reclamar su auxilio. El dependiente tenía la costumbre de dormir metiendo la cabeza debajo de la almohada y sacando los pies por debajo de la ropa para que se le ventilasen.

—Ceferino—le dijo el droguero á media voz,—guarde usted esos pies, por si se le ocurre entrar á mi señora, y vístase usted corriendo, que hay ladrones debajo del baúl del gabinete.

El joven, que era tímido por naturaleza, se puso á temblar; pero D. Simeón le tranquilizó diciendo:

—Voy á avisar á la criada. Tenga usted presencia de ánimo.

Y se coló en la alcoba de la doméstica, que dormía con un pañuelo atado alrededor de la frente y parecía un aragonés.

—Venancia, soy yo—murmuró el droguero acercando los labios al oído de la chica.

—Señorito, ¿qué va usted á hacer?—dijo ella sentándose en la

cama y cubriéndose los hombros con sus propias medias, que había dejado atadas á uno de los boliches de la cabecera.

—No se trata de ninguna pasión, sino de nuestros intereses. ¡Hay ladrones en casa!

—¡Socorro!—gritó la doméstica.

D. Venancio le tapó la boca con un plato que había encima de una silla y comenzó á arrojarle sobre la cama todas las prendas de vestir que encontró colgadas en una percha.

—Vístase usted de prisa—le dijo.

Y corrió á la alcoba conyugal; pero allí no estaba D.^a Mariquita. Las ropas de la cama aparecían en el más espantoso desorden; en el suelo yacía silencioso un corsé-faja de la pobre señora, y á su lado veíase un emplasto confortativo que solía ella ponerse todas las noches para aliviar sus padecimientos.

—¡Dios mío!—exclamó D. Simeón reconociendo el emplasto.—Es el suyo. Los criminales no han respetado siquiera este inocente remedio... Mariquita... Mariquita, ¿qué habrá sido de tí?

En aquel momento apareció en la puerta de la alcoba el joven Ceferino con los pelos en desorden y los ojos espantados. Lleno de zozobra se había metido los pantalones por los brazos, confundidos con el gabán, y en vez de gorro se había puesto en la cabeza un chaleco de Bayona.

—Hay que buscar á mi esposa—gritó D. Simeón al ver al dependiente.

—Puede que la hayan estrangulado—contestó Ceferino.

Venancia se presentó ante los aterrados personajes; llevaba un refajo que la cubría los hombros y una servilleta á guisa de delantal.

—¿Dónde está la señora?—preguntó con anhelo.

—¡Desgraciada!—dijo D. Simeón arrojándose de bruces sobre el lecho vacío.

Un quejido lastimero se dejó oír en uno de los ángulos del gabinete.

—Mariquita, ¿dónde estás?—preguntó el atribulado esposo incorporándose con rapidez.

—Aquí, aquí—contestó D.^a Mariquita con voz angustiada.

Todos se dirigieron al sitio de donde partía aquel acento quejumbroso.

D.^a Mariquita, en cuclillas detrás de la cómoda, acababa de volver de su desmayo.

—¿Tienes alguna lesión?—le preguntó su esposo, reconociéndola á la luz de una bujía.

—Me he caído de la cama—dijo ella,—y aturdida por el golpe vine á refugiarme aquí, creyendo que había llegado mi última hora.

—¡Miau!—gritó dentro del baúl alguien conocido de todos los allí presentes.

Ceferino entonces se dirigió al baúl con actitud resuelta y levantó la tapa.

¿Qué ocultaba aquel baúl?

Ocultaba á *Morrongo*, el gato de la droguería.

LUIS TABOADA.

— * —

OTRO «SÍ» DE OTRAS «NIÑAS»

¡Oh, tiempos bendecidos de aquellos españoles que, contra los tiranos, batían bien el cobre,

y en el hogar doméstico, sin miedo á un *tole tole*, hacían, como padres, al hijo esclavo dócil,

teniendo de las hijas los tiernos corazones metidos en un puño de la piedad en nombre!

Y se hizo el rostro máscara de la pasión más noble; de mojigatería

escuela fué la corte, é ilustre *afrancesado*, de su pincel con toques, se alzó sobre la escena á combatir errores.

Más que *La Mojigata*, de aquella *niña* honróle el *si* fatal que á madres y niñas dió lecciones.

Por sumisión Paquita va allí al engaño torpe, y hay, si está ciego el viejo, tres víctimas de un golpe.

Hoy ven los viejos ricos menos que los de entonces, y es el de nuestras niñas un *si* de más bemoles.

Y es el pobre San Pablo, de todos los Apóstoles, quien más claro nos habla y á quien apenas se oye;

porque, mientras su Epístola recita el sacerdote, no dejan de *echar cuentas* ni la mujer ni el hombre.

No hay *si* más sostenido que uno que dió anteanoche, en la capilla *ardiente* del ricachón Terrones,

otra niña Paquita tan linda como pobre, que arranca su perjurio de sus aspiraciones.

Sin oponerse el padre,
pudo elegir por cónyuge
á aquel á quien adora,
gentil soldado y joven:
mas, sin acción de guerra
que illustre su uniforme,
busca ella, con el viejo,
del Banco las acciones.

Y no habrá quien condene
que á Pluto el sí le otorgue
y aún deje al joven Marte
tomando posiciones.
Que hoy se usan otras niñas
y ésta, al casarse, pone
un ojo en el soldado
y el otro en los millones.

EDUARDO BUSTILLO.

CUENTO SOSO, PERO NUEVO

I

Allá, en Valdetobillos,
vivía un tal Gabino Berruguete
con su esposa Cecilia, tres chiquillos
y un borrico de seis años ó siete
apodado el *Pardete*,
al que Gabino y su mujer querían
tan de veras y tanto,
que juntos compartían
la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.
Cierta día el *Pardete*, codicioso,
se comió tres arrobas de pepinos,
y á pesar del cuidado escrupuloso
de Cecilia y de dos ó tres vecinos,
falleció como todos los pollinos,
sin hacer testamento.
¡Qué terrible percance! ¡Qué tormento
para aquella familia tan unida!
¡Ver á un borrico así perder la vida!
Su dueña, de esta suerte
gritaba ante el cadáver: «¡Hijo mío!
¡Qué pálido y qué frío
se te ha quedado el rabo con la muerte!»
Dieron tierra al *Pardete* al otro día
en medio de la tierra de un vecino,
y hoy está la consorte de Gabino
llorando la desgracia todavía.

II

¡Desdichado Gabino! A los dos años,
aunque algunos dijeron (¡trapalones!)
que murió de un orzuelo en los riñones,
murió de un atracán de desengaños,
y su esposa Cecilia
y todos los demás de la familia,
apenas si lloraron dos semanas
á aquel paleta de costumbres sanas,
pero asaz infeliz, y además de eso
tan romo de nariz como de seso.
Al mes, y despreciando las hablillas
de la gente, Cecilia y un sobrino
que la supo sacar de sus casillas
bailaban en la plaza seguidillas
ilustradas con vino,
sin pensar en el alma de Gabino.

III

El difunto Gabino supo el caso
y se fué más que á paso
á quejarse á San Pedro, que en la puerta
del cielo estaba con la boca abierta.
Y San Pedro le dijo: —¿Más llorada
quiere usted ver su pérdida? Pues nada,
otra vez que usted nazca, so zoquete,
nazca borrico, cual nació el *Pardete*.
—¡En qué error está usted, señor Perico!
(respondió el que fué esposo de Cecilia!)
—¿Por qué? ¡No me lo explico!
—Porque yo he sido siempre más borrico
que el *Pardete* y que toda su familia.

IV

Ya lo saben ustedes, caballeros,
no se debe hacer caso á los porteros.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Otra vez me han dejado á Bosch sin cartera.
Y él va ¿y qué hace? Pues coge y echa un discurso en el Círculo reformista diciendo que en adelante se llamará *conjuncionista*.
Yo creo que Bosch, considerando lo que le sucede, más está para interjecciones que para conjunciones. Aunque no niego que en lo que le han hecho hay también su poquito de conjunción copulativa.

¡Cuánto más feliz es M. del Palacio, que no aspira á ser ministro, sino inmortal, mediante la fragua de su ingenio!

A fuer de imparcial declaro que las *chispas* de la penúltima *hornada* tenían verdadero mérito. Pero las de la última parecen cosa de un loco ó de uno que se hace el talento. Parece que quieren decir algo... y por último no lo dicen.

Oigan ustedes:

Visible alguna vez, *latente* muchas,
en todo ser humano hay una bestia;
cuando esconde las garras
descubre las orejas.

Pues si cuando no enseña la oreja, ó las orejas, como usted dice, enseña las garras... siempre está visible la tal bestia, y no muchas veces *latente*.

Presunción sin hermosura,
arrogancia sin denuedo,
avaricia sin riqueza
y vanidad sin talento,
son entornados balcones
á que se asoma el desprecio.

Apurado se había de ver D. Manuel para explicar por qué son *entornados* esos balcones, y por qué son balcones, y de quién es el desprecio que se asoma, y qué quiere decir todo eso.

¡Lo bello y lo deforme! Tales eran
los símbolos del arte en algún tiempo.
Hoy hemos inventado lo bonito,
ridícula parodia de lo bello!

Verá usted, D. Manuel, cuantísimo disparate. Lo bello nunca fué símbolo del arte, sino su objeto. Lo *deforme*, no se diga; ni objeto ni símbolo. Y lo bello y lo deforme son hoy lo mismo que fueron siempre. Jove y Hevia hubiera sido... mal formado aunque hubiera nacido en tiempos de los Anfictiones; ni más ni menos que hoy. En cuanto á lo *bonito*, ni lo hemos inventado hoy, ni es parodia de lo bello, sino uno de sus modos de menos categoría.

Lo ridículo no es lo bonito, sino el tener un nombre literario, bien ganado, y echarlo á perder escribiendo cosas que, valga la verdad, no tienen ni sentido común.

El P. Muiños, de quien hablé á ustedes en el último *palique*, resulta que es de oro. Toda una mina. No sé qué desocupado me envía una porción de *cachos* de la *Ciudad de Dios* (profanación de San Agustín en forma de *revista*), y entre esos pedazos de literatura de *claustró paterno* veo quinientas cosas peregrinas firmadas por el Muiños. Ya hablaremos de él. Por hoy sólo diré que á mí me llama «racionalista furioso.» Y también habla de la «*escuela capitaneada por Clarín*.» Yo no estoy furioso, aunque hoy bien debiera, ni capitaneo nada, señor fraile. También dice Muiños que Zola le pegó una bofetada á la Sra. Pardo Bazán. «Un tremendo golpe en la mejilla.» Estas sí que son metáforas de Padre y muy señor mío.

En cuanto al P. Blanco García, de quien se me olvidó decir el otro día que tonto no era, pueden ustedes ver el *gusto* que *gasta* (véase Bofill) en la página 267 del primer tomo de su *Historia de la literatura española*. Se trata de las obras dramáticas de Ariza, y entre todo su contenido el crítico *escoge*, para recomendarlos su lectura, exclusivamente un cortísimo fragmento que empieza así:

Duerme en sueño inocente, beldad mía,
sin que tu frente empañe densa nube,
ni las brillantes perlas de tus ojos
por las mejillas de clavel *circulen*.

¡Valiente historiador y valiente crítico que hace volver á la circulación lágrimas que circulan por las mejillas, y nos recomiendan que nos enteremos!

Y después:

¡Qué hermosa estás! Tu rostro de azucena
matizan por doquier venas azules,
y en un mismo latido, en uno solo,
nuestros dos corazones se confunden.

Ya ve el P. Blanco lo que tienen que ver las venas azules con el latido mismo y solo.

El crítico que *hace suyos*, recomendándolos, esos versos, está juzgado. No así Ariza, que escribió cosas mucho mejores, aun en sus dramas. ¡Ay Sr. Blanco! Es mucho más fácil decir quisicosas acerca de lo Sublime y del filósofo de *Königsberg* que ver *disparates líricos* donde efectivamente los hay. Ya verá, ya verá el P. Blanco, aquí y en otras partes, cómo no basta *juntar muchos libros* para ser crítico, ni ser agustino y publicar desde la *celda* bombos *adelantados* á todos los cronistas de los periódicos populares para crearse una verdadera reputación literaria.

A pesar de lo dicho, y de lo que venga, con muchas de las apreciaciones críticas del P. Blanco García estoy conforme. Pero ¡vaya una gracia! Como que mucho antes que él escribiera ya había yo publicado juicios que coinciden con los del Padre. Esto no es decir que él haya leído mis libros. ¡Qué había de leer! Si los hubiera leído lo diría. Porque no había de ir doña Emilia Pardo á pedirle que no lo dijese.

LA POLICÍA FRANCESA (Según los folletines.)



Aparece un cadáver sin cabeza, ni pies, ni manos, ni documentos, ni vestidos, ni nada. La identificación es imposible.



Un agente, olfateando sin cesar, descubre sobre la nieve las huellas de un perro.



Huellas que, examinadas detenidamente, arrojan un dato importante. ¡El perro era cojo!



Pero las señales desaparecen en una acequia donde el can se sumergió sin duda... y allí se pierde el rastro.



No hay más remedio que tomar otro rumbo. El agente, disfrazado de vendedora de hortalizas, recorre las calles de París buscando perros cojos.



Al fin encuentra uno que despierta sus sospechas. Pero va solo. ¿Será vagabundo?



No hay más remedio que seguirle.



Y el agente le sigue durante dos semanas sin tomar alimento para no perder la pista.



A los quince días el perro se pone a ladrar desahoradamente al pie de la torre Eiffel.



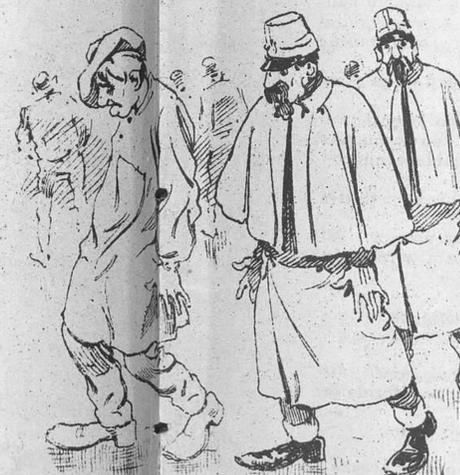
El agente se pone en guardia.



Entre la multitud sale un mozo de cordel completamente borracho que despierta la suspicacia del policía.



Avisa al comisario.



Y el borracho es conducido a la prefectura.



Dónde se averigua a los cinco minutos que el mozo de cordel no es tal mozo de cordel, sino un príncipe disfrazado que asesinó a su tío carnal por cuestiones de herencia.



Y que el perro presenció el crimen por casualidad cuando iba a bañarse.

El único mérito que atribuyo al presente *patique* consiste en haberlo escrito padeciendo un mediano dolor de muelas. Con-
súlese Taboada, que otros también sufren resignados, si no una
entero-colitis... una parte-colitis por lo menos.

CLARÍN.

VALOR... ACREDITADO

Don Valentín es un *quidam*
que las da de bravucón,
de duelista, de aguerrido,
de temerario y de atroz.

A cuantos no le conocen,
como le conozco yo,
sus bravatas causan miedo,
su aspecto infunde terror.

Siempre lleva en una mano
grueso y nudoso bastón,
y con la otra va mesándose
su barba de zapador.

Habla á gritos, con voz gruesa,
mira de un modo feroz,
jura como un condenado
y ruge como un león.

A cada instante refiere,
con acento aterrador,
las aventuras que tuvo,
los peligros que afrontó,
las hazañas y los lances,
que acreditan su valor
y que ya le han dado fama
aquí y en Sebastopol.

No mató Don Juan Tenorio
más contrarios que él mató,
ni triunfos como los suyos
tuvo el Cid Campeador.

Con quince lidió en Zamora
y en Cádiz con veintidós,
y en Navalcarnero él solo
hizo frente á un batallón.

Cuando se habla de un valiente,
extranjero ó español,
se sonríe con desprecio
y finge que le da tos.

Paul de Cassagnac le hace
reír más que Paul de Kock,
y á Rochefort se lo come...
como al queso Roquefort.

Iba al café de Levante,
por las tardes, de una á dos,
sentándose en una mesa
que está frente al mostrador,
donde siempre le aguardaba
la habitual reunión
de unos cuantos infelices
que temblaban á su voz
y oían las relaciones
que mil veces repitió,
pálidos, sobrecogidos
y absortos de admiración.

Una tarde, que corría
ese run-rún precursor
de asonadas y motines,
nuestro hombre al café llegó,
y al escuchar lo que hablaban
todos de revolución,
palideció y en sus manos
notóse leve temblor.

—¿Tiembla usted, don Valentín?
dijo un contertulio.—¿Yo?
exclamó con voz terrible.
Tiemblo, sí... de indignación.

Porque aquí ya no hay coraje,
ni vergüenza, ni valor,
ni patriotismo, ni nada.
Se habla mucho de *complots*,
de conjuras y de hacer
y deshacer... ¡qué sé yo!
y al fin y á la postre, todo
se queda en conversación.

—Pues hoy esté usted seguro,
lo mismo que yo lo estoy,
de que el primer tiro suena
pronto.—¿Conque pronto? ¡Oh!

Interrumpiendo el diálogo
sonó una detonación
detrás de don Valentín,
que, trémulo, sin color,
dió un saltó, y atropellando
cuanto á su paso encontró,
salió del café, dejándose
el sombrero y el bastón.

Ante aquel raro espectáculo
la gente se alborotó
hasta averiguar la causa
de tan inmenso terror.

Todo fué... que un camarero,
queriendo servir veloz
una *chica* de cerveza...
dejó escapar el tapón.

Pasó una semana y otra,
pasó un mes, pasaron dos,
y nadie volvió á tener
noticias del bravucón.

Según contó su patrona,
el hombre á casa llegó
despavorido y convulso,
sin alientos y sin voz.

Entró corriendo en su alcoba
y allí el día se pasó,
hasta que al fin le sacaron
de debajo del colchón.

Yo me lo encontré al cruzar
ayer la Puerta del Sol,
siempre con sus mismos aires
de duelista y de matón.

Sobre la ceja el sombrero,
fruncido el ceño feroz,
con una mano en la barba
y en la otra mano un bastón.

—¿Ha visto usted qué granujas?
al divisarme gritó.

Me refiero á los amigos
de mi antigua reunión.

Quieren desacreditarme
y andan corriendo la voz
de que yo soy un *galina*
por *aquello* del tapón.

No los busco y no los mato
porque á ninguno le doy
calidad para batirse
con un hombre como yo.

¡Poner mi valor en duda
por lo de aquella ocasión!
Que me marché... no lo niego;
que me escondí... sí, señor.

—Eso es cobardía? ¡Nunca!
Eso es que mi condición
es la misma del dinero,
como á demostrarlo voy.

Cuando hay *jaranas* y hay tiros
y se arma revolución,
en Francia como en Turquía
y aquí como en el Mogol,

¿el dinero no se asusta
y no se esconde veloz,
y nadie ve una peseta
ni por el amor de Dios?

Pues bien, diga usted, cristiano,
cuando llega esa ocasión,
aunque el dinero se esconda,
¿deja de tener *valor*?

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

ILUSIONES

—No es fácil, Juan, el encontrar esposa.
La virtud del pudor es la más bella
de todas las virtudes. La doncella
que es sencilla, inocente y pudorosa
será más codiciada
que siendo muy honrada y muy hermosa,

si no tiene pudor, aun siendo honrada.

Por desgracia patente,
el sentido moral está de modo
que puedes encontrar continuamente
niñas muy buenas... que lo saben todo.
Y los hombres queremos jovencuelas
que no hayan aspirado en las novelas
el venenoso aliento
de ese amor que inficiona el pensamiento
y entra por el oído en las escuelas.

¿Quién duda que la flor más perfumada
y la joya más rica
es un ángel injerto en una chica
que ni ansé el placer... ni sepa nada?
¿Qué importa la hermosura
cuando el alma es impura?

Yo busco por doquiera
una mujer así, dulce, sencilla,
sin la fatal semilla
de hipocresía falsa y embustera;
que ignore de verdad los rudimentos
del amor, que se sueñan y adivinan
y surgen y germinan
mezclados con extraños pensamientos...

—¿Y para qué la buscas?

—Para amarla.

—¿Y que lo sepa en un instante todo,
destruyendo el encanto de ese modo?
¡Pues no vale la pena de buscarla!

SINESIO DELGADO.

EN PAZ Y JUGANDO

Cuentan—pero no respondo de la exactitud de la noticia—
que el célebre actor D. Julián Romea se enfurecía siempre que
algún escritor — ó *cosa* parecida — le entregaba un juguete
cómico.

No pasaba D. Julián por esa calificación.

Presentósele en cierta ocasión un joven estudiante y, entre-
gándole una obrilla, hubo de decirle:

—Aquí le traigo á usted un *juguete*...

El, que ya estaba amoscado con lo de juguete, lo de *juguete*
acabó de exasperarle, y encarándose con el mozalbete, le pre-
guntó:

—¿Cree usted que el arte es cosa de juego?

Si hoy viviera el insigne actor, podría persuadirse de que, no
ya el arte, sino todas las cosas de la vida moderna han venido á
ser cosa de juego.

Recio combate y accidentada y larga campaña sostuvo el con-
de de Xiquena contra los jugadores—no sin tener que transigir
con ellos en momento determinado,—viéndose amenazado de
muerte todos los días y teniendo que luchar, en el cumplimiento
de aquel deber, con altas y poderosas influencias.

A su salida del gobierno civil volvieron inmediatamente á
correr las aguas por su cauce *ordinario*, y el *monte* y la *ruleta* se
enseñorearon de la capital de España.

Desde entonces, con mayor ó menor descaro, se ha jugado... y
se juega en Madrid.

Hay épocas, breves y compendiosas, en que se simulan campa-
ñas contra el juego; pero aun en esas épocas se juega en los lla-
mados círculos de *recreo* y en casi todos los círculos políticos,
barajándose y confundiendo en estos últimos el para algunos
tranquilo y provechoso juego de la política con las vivas y pun-
zantes emociones del juego de *azar*, en el cual un *negro* suele ha-
cer feliz al más convencido antiesclavista, y un *rey* suele labrar
la ventura del más intransigente republicano.

La fiebre del juego es la *neurosis* de esta sociedad—que diría
un escritor naturalista.

A tal punto que, no hace mucho, el juego ha sido la gran pre-
ocupación del gobierno, tema preferente é inagotable en muchos
consejos de ministros y hasta ocasión de que se hablase muchos
días de crisis ministerial.

Tratábase nada menos de si se había ó no se había de permitir
el juego en el Gran Casino de San Sebastián.

Y se hablaba, con ese motivo, de los intereses creados, del
respeto á la propiedad, del libre albedrío y de otra porción de
cosas muy *pertinentes* al asunto.

Un argumento que no tenía vuelta de hoja:

—El Gran Casino, *levantado* tan sólo para el juego, en la épo-
ca veraniega, ha costado una millonada. Si el juego no se per-
mite, se han tirado á la calle esos millones.

¿Qué derecho habría para perseguir y castigar al *constructor*
de una *ganzúa* modelo, si alegaba que el *artefacto* referido le
había costado mucho dinero?

El robo y el juego caen dentro del Código penal; pero...

Otro argumento poderoso:

—El juego contribuye en gran manera á la riqueza y prospe-
ridad de la capital guipuzcoana. Luego...

Y así por ese estilo...

Después de todo, resultaba una injusticia de que *allí* rigiese el
Código penal, y ese mismo Código fuese letra muerta en el res-
to de España.

En Madrid, singularmente, es la *industria* más poderosa y lucrativa (para algunos) que se conoce.

Aquí hay, quizá como en ninguna parte, verdadera pasión por el juego, ó mejor, por los juegos, porque aquí se juega á todo y con todo.

Hay una prueba reciente, fresquita, acabada de pescar: el éxito rápido y creciente del *pelotarismo*. El *frontón* era aquí, hace muy poco tiempo, completamente desconocido. Hoy existen ya ocho ó diez *frontones* (y me quedo corto), y en breve tendremos uno en cada solar y al volver de cada esquina.

El espectáculo es bonito y atractivo, sin duda; pero ¿creen ustedes que el juego de pelota, como mero espectáculo y sin *consecuencias ulteriores*, despertaría el *interés* que despierta?

De ningún modo.

El primero y principal aliciente de un partido de pelota es la *apuesta*, el juego: un color contra otro color, es decir, una carta contra otra, ni más ni menos.

Ello mismo lo dice, *juego* de pelota.

Siguiendo las peripecias de un partido, son más dignos de atención los *jugadores* que ocupan las *localidades* que los *jugadores* que luchan en la *plaza*. A las veces estos últimos actúan con *doble carácter* y dentro de las combinaciones más inexplicables, en cuyo caso el espectador que actúa como *punto*, debe *abrigarse* cuanto pueda aunque sea en pleno Julio, y andar con pies de plomo, si le es posible.

No caben en los estrechos límites de un artículo todos los aspectos que reviste el *juego* en la época presente; pero los hallará el lector discreto en todas las esferas de la vida actual.

El gobierno, con su *lotería*, es el banquero nacional.

El juego es, entre otras cosas, el más fuerte argumento contra la fraternidad, y el mayor incentivo para codiciar lo ajeno.

Eso de querer llevarse el dinero del prójimo, por un azar de la suerte—y ése es el único ideal del jugador,—dice muy poco en honra y gloria

«de la imagen de Dios sobre la tierra.»

El del juego es un problema insoluble: se jugará eternamente.

Al paso que vamos, es lógico creer que el dinero—como la forma poética—está llamado á desaparecer (y hay entre nosotros quien se ha adelantado á ese porvenir).

Pero aun en ese caso, cuando ya nadie tenga nada que perder, se podrá decir, y se dirá seguramente:

«En paz y jugando.»

Es decir, jugando siempre.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.



Leo en el anuncio de un hotel:

«Hospedaje de cuatro pesetas. Cubiertos todas las noches.»

Lo que parece indicar que hay hoteles en los cuales no todas las noches se ponen cubiertos. Y hay que comer con los dedos un par de veces por lo menos á la semana.

Se ha publicado una estadística de las desgracias ocurridas sólo en empleados de ferrocarriles en los Estados Unidos durante el año que terminó en 30 de Junio de 1889.

De ella resulta, según parece, que han quedado muertos seis mil empleados y heridos veintiséis mil...

¡Treinta y dos mil bajas en un año sólo en empleados de las líneas!

Son muy curiosas estas estadísticas de los Estados Unidos. Porque aplanan el ánimo y... demuestran cuán fácil es poner ceros á la derecha.

Dice *La Correspondencia*:

«Todas las noticias de provincias convienen en afirmar el excelente estado de los campos.»

Lo cual quiere decir que debemos estar muy contentos. Pero ¡por Dios! no hay que decirlo muy fuerte.

Porque paran las bromas en que nos suben la contribución en seguida.

Otro anuncio:

«Compra y venta de muebles usados. Hay una Purísima con su peana, dos Crucifijos del mismo tamaño, seis niños de Dios y un San José.»

¡Seis niños de Dios!

Ahora ya no tendría razón el gitano del cuento para decir que se había quedado reducida la familia.

La noticia de todos los días:

«El observatorio de New York anuncia una nueva tempestad que alcanzará al continente europeo, etc., etc.»

¡Salimos á tormenta por hora!

Y á los periódicos de oposición les falta poco para decir como el personaje de *La credencial*, de Echegaray:

¡Culpa de los presupuestos,
señor ministro de Hacienda!

—

No andes buscando, Gaspar,
la constancia en la mujer,
porque eso es como buscar
la punta de un alfiler
que se pierde en un pajar.

—

Libros:

Fugitivas, colección de poesías de D. F. Martín Llorente, de Lugo. Precio: 2 pesetas.

Risa para todo el año, almanaque para 1892, espléndidamente editado; contiene multitud de artículos y poesías é infinidad de dibujos de los mejores dibujantes. Precio: una peseta.

A sangre y fuego se titula el tomo II de las obras póstumas de *Aguiles Nerón*. Contiene una colección de lindísimas composiciones en verso. Precio: 2 pesetas.

Historia de la música antigua, de P. Cesari, traducción de D. Manuel Wals y Merino. Folleto sumamente interesante. Precio: una peseta.

Candidato independiente, sainete en un acto y en prosa, original de don Carlos Arniches y D. Gonzalo Cantó, estrenado recientemente y con gran éxito en el Teatro Lara.

—*—

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. D. L.—Madrid.—Es una vulgaridad

escrita *pedestramente*.

(Sé que usted no se resiente
y le digo la verdad.)

Ciuiti.—Verá usted cómo le suena mal esto:

«Ramos de diversas flores

en pintoresca figura

traducían con galanura

la estación primaveral.»

¿A que lo de *traducían con galanura* no le parece cosa rica? Aparte de que la redondilla, como las restantes, es un puro ripio.

El tonto de Coria.—Y yo también me tomo la *libertad* (como usted dice) de participarle que no sé una palabra.

Sabayones.—No se dice *sabayón*, ni *sirben*, ni *beguero*, ni se deben meter en los endecasílabos más sílabas de las necesarias.

Sr. D. J. V.—Empecemos:

«Por más que con fiero amor
quiera el hombre á la mujer,
éstas con el corazón
al presentarse ocasión
gózanse de serle infiel...»

Y no hay para qué seguir adelante. Porque es gana de dar disgustos á la gramática, que no nos ha ofendido.

Uno que va á casa de Mateo.—A casa del dómine debía usted ir primeramente. Porque verá usted:

¡Que *crudo* es el campo!
¡que *ermosas* las flores,
luciendo colores,
en Mayo *gentil*.»

parece cosa de niño que no ha pisado el colegio.

Esopillo.—No vale la pena el asunto. Está versificada regularmente.

Doctor Cossa.—Sevilla.—Si no va usted á otra parte, véngase usted á la corte, que en el tranvía del Norte nos hace falta un encuarte.

Washington.—Poquita cosa.

Sr. D. R. C.—Sevilla.—Inocente del todo; parece escrita por un estudiante de primer año de latín.

Saladino.—Me he equivocado en la contestación al *doctor Cossa*. Son dos encuertes los que hacen falta. Venga usted también.

Haroldo.—¿Qué quiere usted que conteste á un hombre que se mete á crítico y escribe *hindo* con *haché*?

Chimbo.—No me parece publicable.

Don Chinarro.—¡No! No lo verá usted publicado, con harto dolor de nuestras dos almas.

El tío Chupacharcos.—Vulgaritas, vulgaritatis, et omnia vulgaritas.

A. F. O.—Las letrillas se parecen á los ochavos morunos en que están fuera de la circulación hace mucho tiempo.

César, Pompello y Craso.—¿Cesar y Pompello?

¡Pues así anda ello!

Sr. D. R. J.—No puedo menos de publicar el primer epigrama, para que rabien los de Huesca:

«No hay dolor como la ausencia
y muerte como el olvido.
Esto Nicolasa decía
porque se divorció de su marido.»

Tocino.—*Ino, ino, ino...* ¡resulta divino!

Un suscriptor.—Gracias por la alegría al esperar el día, pero eso no es poesía.

Chin chin.—Crea usted que antes se apagará el sol que deje de haber melocotones en el mundo.

MADRID, 1891.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa.
Calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.



BOCA Y MUELAS

Se tienen fuertes, sanas, perfumadas y sin dolor, usando á diario el mejor de los dentíficos

LICOR DEL POLO DE ORIVE

que calma los dolores de muelas al descuido que no sigue la Higiene de la boca y los evita infaliblemente al que se enjuaga con tan superior dentífico una vez al día. Blanquea y fortifica la dentadura, endurece, sonrosa y tonifica las encías. Exígidle con la marca de fábrica en las farmacias y perfumerías de crédito.



Nosotros no usamos de éstas, pero yo vengo á comprarte, no para llevarlas puestas, sino como objetos de arte.

MARTÍNEZ.—San Sebastián, 2.

CANTAR



Yo me arrimé á un pino verde y me dijo la corteza: Vé y come en las Tullerías, verás cómo te consuelas.

Matute, 6.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

¿Quién tiene las mejores capas del mundo?

PESQUERA.—Magdalena, 20.

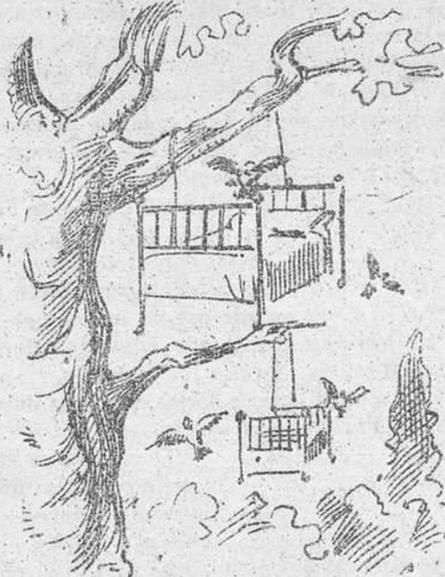


Voy á decirte ahora, puesto que no nos oyen, que he comprado las capas en casa de IRIGOYEN.

Esparteros, 3.



¡No te mueras sin beber cognac fino de Mogue! Sobrinos de Guineo. Carretas, 27 y 29. Levis, Mayor, 39.



Los pájaros bien nacidos cuelgan camas de las ramas, porque dicen convencidos, que las del Bazar de camas son mejores que los nidos.

Plaza de la Cebada, 1.

TIRSO PEREZ Mayor, 73.



—¿Dice usted que ya ha salido?
—Pero usted no lo ha notado?
—No sólo no me ha dolido, sino que ¡hasta me ha gustado!



Si vas á casa de GRAS y te compras un bastón, á cada paso hallarás una buena proporción. Alcalá, 40, y Príncipe, 22.



—Oiga, amigo Calamocha.
—¿Es importante el asunto?
—¡Para géneros de punto, Rodríguez, calle de Atocha! 75 y 77.

Dámaso Pereira, calle de la Cruz, es el mejor sastre para los pichuts;



el que no lo crea es un avestruz. Ya he dicho bastante; señores, abur.



Para lanas y colchones no hay en Madrid una tienda que tenga más relaciones ni que más barato venda.

Barquillo, 30.



Me dió el toro una paliza y perdí el conocimiento. ¡La camisa es lo que siento, que era de Alonso y Arbiza! Plaza de Santo Domingo, 18.

EL MISMO DEMONIO



—Te traigo un caprichito (1) modelo de belleza, no hay nada más bonito, supone una riqueza, y no me ha costado más que una futilidad... —¡Por Dios! Sinforianito, ¡no saques la cabeza!

(1) De la Perfumería Americana, Espoz y Mina, 26.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

MADRID CÓMICO PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO